

dedicar posteriormente á esta ciencia importante, que es sin duda uno de los objetos mas dignos y mas útiles que pueden ofrecerse á nuestros trabajos. En otro lugar de esta obra me propongo desenvolver las relaciones del Catolicismo con el progreso de las ciencias y de las letras, y así me hallo precisado á contentarme por ahora con las indicaciones que acabo de hacer. Permitáseme sin embargo observar que el desarrollo del espíritu humano en Europa fué principalmente teológico; y que así en el punto de que tratamos como en otros muchos, deben los filósofos á los teólogos mucho mas de lo que segun parece ellos se figuran.

Volviendo á la comparacion de la influencia protestante con la influencia católica, relativamente á la formacion y conservacion de una sana conciencia pública, queda demostrado que habiendo el Catolicismo sostenido siempre el principio de autoridad combatido por el Protestantismo, dió á las ideas morales una fuerza, una accion, que no hubiera podido darles su adversario, quien por su naturaleza, por sus mismos principios fundamentales, las ha dejado sin mas apoyo que el que tienen las ideas de una escuela filosófica.

“Pero bien, se me dirá, ¿desconocéis acaso la fuerza de las ideas, fuerza propia, entrañada en su misma naturaleza, que tan á menudo cambia la faz de la humanidad decidiendo de sus destinos? ¿No sabéis que las ideas se abren paso al través de todos los obstáculos á pesar de todas las resistencias? ¿Habeis olvidado lo que nos enseña la historia entera? ¿Pretendeis despojar el pensamiento del hombre de su fuerza vital, creadora, que le hace superior á todo cuanto le rodea?” Tal suele ser el panegírico que se hace de la fuerza de las ideas; así las oimos presentar á cada paso como si tuvieran en la mano la varita mágica para cambiarlo y trasformarlo todo á merced de sus caprichos. Respetando como el que mas el pensamiento del hombre, y confesando que en realidad hay mucho de verdadero en lo que se llama la fuerza de una idea, me permitirán sin embargo los entusiastas de esta fuerza hacer algunas observaciones, nó para combatir de frente su opinion, sino para modificarla en lo que fuere necesario.

En primer lugar, las ideas con respecto al punto de vista bajo el cual las miramos aquí, deben distinguirse en dos órdenes: unas que lisonjean nuestras pasiones, otras que las reprimen. Las primeras no puede negarse que tienen una fuerza expansiva, in-

mensa. Circulando con movimiento propio, obran por todas partes, ejercen una accion rápida y violenta, no parece sino que están rebosando de actividad y de vida; las segundas tienen la mayor dificultad en abrirse paso, progresan lentamente, necesitan apoyarse en alguna institucion que les asegure estabilidad. Y esto ¿por qué? Porque lo que obra en el primer caso no son las ideas, sino las pasiones que formando su cortejo, toman su nombre, encubriendo de esta suerte lo que á primera vista se ofrecería como demasiado repugnante; en el segundo es la verdad la que habla; y la verdad en esta tierra de infortunio es escuchada muy difícilmente: porque la verdad conduce al bien, y el *corazon del hombre*, segun expresion del sagrado texto, *está inclinado al mal desde su adolescencia*.

Los que tanto nos encarecen la fuerza íntima de las ideas, debieran señalarnos en la historia antigua y moderna una idea, una sola idea, que encerrada en su propio círculo, es decir, en el órden puramente filosófico, merezca la gloria de haber contribuido notablemente á la mejora del individuo ni de la sociedad.

Suele decirse á menudo que la fuerza de las ideas es inmensa, que una vez sembradas entre los hombres fructifican tarde ó temprano, que una vez depositadas en el seno de la humanidad se conservan como un legado precioso que transmitido de generacion en generacion contribuye maravillosamente á la mejora del mundo, á la perfeccion á que se encamina el humano linaje. No hay duda que en estas aserciones se encierra una parte de verdad, porque siendo el hombre un ser inteligente, todo lo que afecta inmediatamente su inteligencia no puede menos de influir en su destino. Así es que no se hacen grandes mudanzas en la sociedad, si no se verifican primero en el órden de las ideas; y es endeble y de escasa duracion todo cuanto se establece, ó contra ellas ó sin ellas. Però de aquí á suponer que toda idea útil encierre tanta fuerza conservadora de sí propia, que por lo mismo no necesite de una institucion que le sirva de apoyo y defensa, mayormente si ha de atravesar épocas muy turbulentas, hay una distancia inmensa que no se puede salvar, so pena de ponernos en desacuerdo con la historia entera.

Nó, la humanidad considerada por sí sola, entregada á sus propias fuerzas, como la consideran los filósofos, no es una depositaria tan segura como se ha querido suponer. Desgraciadamen-



te tenemos de esa verdad bien tristes pruebas; pues que lejos de parecerse el humano linaje á un depositario fiel, ha imitado mas bien la conducta de un dilapidador insensato. En la cuna del género humano encontramos las grandes ideas sobre la unidad de Dios, sobre el hombre, sobre sus relaciones con Dios y sus semejantes: estas ideas eran sin duda verdaderas, saludables, fecundas; pues bien, ¿qué hizo de ellas el género humano? ¿no las perdió, modificándolas, mutilándolas, estropeándolas de un modo lastimoso? ¿Dónde estaban esas ideas cuando vino Jesucristo al mundo? ¿Qué habia hecho de ellas la humanidad? Un pueblo, un solo pueblo las conserva, pero ¿cómo? Fijad la atencion sobre el pueblo escogido, sobre el pueblo judío, y veréis que existe en él una lucha continua entre la verdad y el error, veréis que con una ceguera inconcebible se inclina sin cesar á la idolatría, á sustituir á la ley sublime de Sinaí las abominaciones de los gentiles. ¿Y sabéis cómo se conserva la verdad en aquel pueblo? Notadlo bien; apoyada en instituciones las mas robustas que imaginarse puedan, pertrechada con todos los medios de defensa de que la rodeó el legislador inspirado por Dios. Se dirá que aquel era un pueblo de *dura cerviz*, como dice el sagrado texto; desgraciadamente, desde la caída de nuestro primer padre esta dureza de cerviz es un patrimonio de la humanidad; *el corazón del hombre está inclinado al mal desde su adolescencia*, y siglos antes de que existiese el pueblo judío, abrió Dios sobre el mundo las cataratas del cielo, y borró al hombre de la faz de la tierra, *porque toda carne habia corrompido su camino*.

Infiérese de aquí la necesidad de instituciones robustas para la conservacion de las grandes ideas morales; y se ve con evidencia que no deben abandonarse á la volubilidad del espíritu humano so pena de ser desfiguradas y aun perdidas.

Además, las instituciones son necesarias, nó precisamente para enseñar, sino tambien para aplicar. Las ideas morales, mayormente las que están en oposicion muy abierta con las pasiones, no llegan jamas al terreno de la práctica sino por medio de grandes esfuerzos; y para esos esfuerzos no bastan las ideas en sí mismas, son menester medios de accion con que pueda enlazarse el órden de las ideas con el órden de los hechos. Y hé aquí una de las razones de la impotencia de las escuelas filosóficas cuando se trata de edificar. Son no pocas veces poderosas para des-

truir; porque para destruir basta la accion de un momento, y esta accion puede ser comunicada fácilmente en un acceso de entusiasmo; pero cuando quieren edificar poniendo en planta sus concepciones, se encuentran faltas de accion, y no teniendo otros medios de ejercerla que lo que se llama la fuerza de las ideas, y como que éstas varian ó se modifican incesantemente dando de ello el primer ejemplo las mismas escuelas, queda reducido á objeto de pura curiosidad lo que poco antes se propalara como la causa infalible del progreso del linaje humano.

Con estas últimas reflexiones prevengo la objecion que se me podria hacer, fundándose en la mucha fuerza adquirida por las ideas por medio de la prensa. Esta propaga, es verdad, y por lo mismo multiplica extraordinariamente la fuerza de las ideas; pero tan lejos está de conservar, que antes bien es el mejor disolvente de todas las opiniones. Obsérvese la inmensa órbita recorrida por el espíritu del hombre desde la época de ese importante descubrimiento, y se echará de ver que el consumo (permítaseme la expresion), que el consumo de las opiniones ha crecido en una proporcion asombrosa. Sobre todo, desde que la prensa se ha hecho periódica, la historia del espíritu humano parece la representacion de un drama rapidísimo, donde se cambian á cada paso las decoraciones, donde unas escenas suceden á otras, sin dejar apenas tiempo al espectador para oír de boca de los actores una palabra fugitiva. No estamos todavía á la mitad del siglo presente, y sin embargo no parece sino que han transcurrido muchos siglos. ¡Tántas son las escuelas que han nacido y muerto, tántas las reputaciones que se han encumbrado muy alto, hundiéndose luego en el olvido!

Esta rápida sucesion de ideas, lejos de contribuir al aumento de la fuerza de las mismas, acarrea necesariamente su flaqueza y esterilidad. El órden natural en la vida de las ideas es, primero aparecer, en seguida difundirse, luego realizarse en alguna institucion que las represente, y por fin ejercer su influencia sobre los hechos obrando por medio de la institucion en que se han personificado. En todas estas transformaciones que por necesidad reclaman algun tiempo, es necesario que las ideas conserven su crédito, si es que han de producir algun resultado provechoso.

Este tiempo falta, cuando se suceden unas á otras con demasiada rapidez, pues que las nuevas trabajan en desacreditar las



que las han precedido, y de esta suerte las inutilizan. Por cuya causa quizás nunca como ahora, ha sido mas legitima una profunda desconfianza en la fuerza de las ideas, ó sea en la filosofía, para producir nada de consistente en el orden moral; y bajo este aspecto es muy controvertible el bien que ha hecho la imprenta á las sociedades modernas. Se concibe mas, pero se madura menos: lo que gana el entendimiento en extension, lo pierde en profundidad, y la brillantez teórica contrasta lastimosamente con la impotencia práctica. ¿Qué importa que nuestros antecesores no fuesen tan diestros como nosotros para improvisar una discusión sobre las mas altas cuestiones sociales y políticas, si alcanzaron á fundar y organizar instituciones admirables? Los arquitectos que levantaron los sorprendentes monumentos de los siglos que apellidamos bárbaros, por cierto que no serian ni tan eruditos ni tan cultos como los de nuestra época: y sin embargo ¿quién tendria aliento para comenzar siquiera lo que ellos consumaron? Hé aquí la imágen mas cabal de lo que está sucediendo en el orden social y político. Es necesario no olvidarlo: los grandes pensamientos nacen mas bien de la intuición que del discurso; el acierto en la práctica depende más de la calidad inestimable, llamada tino, que de una reflexión ilustrada; y la experiencia enseña á menudo, que quien *conoce mucho ve poco*. El genio de Platon no hubiera sido el mejor consejero del genio de Solon y de Licurgo; y toda la ciencia de Ciceron no hubiera alcanzado á lo que alcanzaron el tacto y el buen sentido de dos hombres rudos como Rómulo y Numa (19).

---

### CAPITULO XXXI.

---

**C**ierta suavidad general de costumbres que en tiempo de guerra evita grandes catástrofes y en medio de la paz hace la vida mas dulce y apacible, es otra de las calidades preciosas que llevo señaladas como características de la civilización europea. Este es un hecho que no necesita de prueba; se le ve, se le siente por todas partes al dar en torno de nosotros una mirada: resalta vi-

vamente abriendo las páginas de la historia, y comparando nuestros tiempos con otros tiempos, sean los que fueren. ¿En qué consiste esta suavidad de costumbres? ¿cuál es su origen? ¿quién la ha favorecido? ¿quién la ha contraído? Hé aquí unas cuestiones á cuál mas interesantes, y que se enlazan de un modo particular con el objeto que nos ocupa: porque en pos de ellas se ofrecen desde luego al ánimo estas preguntas: ¿el Catolicismo ha influido en algo en crear esta suavidad de costumbres? ¿le ha puesto algun obstáculo ó le ha causado algun retardo? ¿al Protestantismo le ha cabido alguna parte en esta obra, en bien ó mal?

Conviene ante todo fijar en qué consiste la suavidad de costumbres; porque aun cuando esta sea una de aquellas ideas que todo el mundo conoce, ó mas bien siente; no obstante, cuando se trata de esclarecerla y analizarla, es necesario dar de ella una definición cabal y exacta, en cuanto sea posible. La suavidad de costumbres consiste en la *ausencia de la fuerza*, de modo que serán *mas ó menos* suaves en cuanto se emplee *menos ó mas* la fuerza. Así costumbres suaves no es lo mismo que costumbres benéficas: éstas incluyen el bien, aquellas excluyen la fuerza; costumbres suaves tampoco es lo mismo que costumbres morales, que costumbres conformes á la razón y á la justicia: no pocas veces la inmoralidad es tambien suave, porque anda hermanada, nó con la fuerza, sino con la seducción y la astucia. Así es que la suavidad de costumbres consiste en dirigir al espíritu del hombre, nó por medio de la violencia hecha al cuerpo, sino por medio de razones enderezadas á su entendimiento, ó de cebos ofrecidos á sus pasiones; y por esto la suavidad de costumbres no es siempre el reinado de la razón, pero es siempre el reinado de los espíritus; por mas que éstos sean no pocas veces esclavos de las pasiones con las cadenas de oro que ellos mismos se labran.

Supuesto que la suavidad de costumbres proviene de que en el trato de los hombres solo se emplean la *convicción*, la *persuación* ó la *seducción*, claro es que las sociedades mas adelantadas, es decir, aquellas donde la inteligencia ha llegado á gran desarrollo, deben participar mas ó menos de esta suavidad. En ellas la inteligencia domina porque es fuerte, así como la fuerza material desaparece porque el cuerpo se enerva. Además: en sociedades muy adelantadas que por precisión acarreen mayor número de